

Jaqueca

“Una jaula fue a buscar un pájaro”

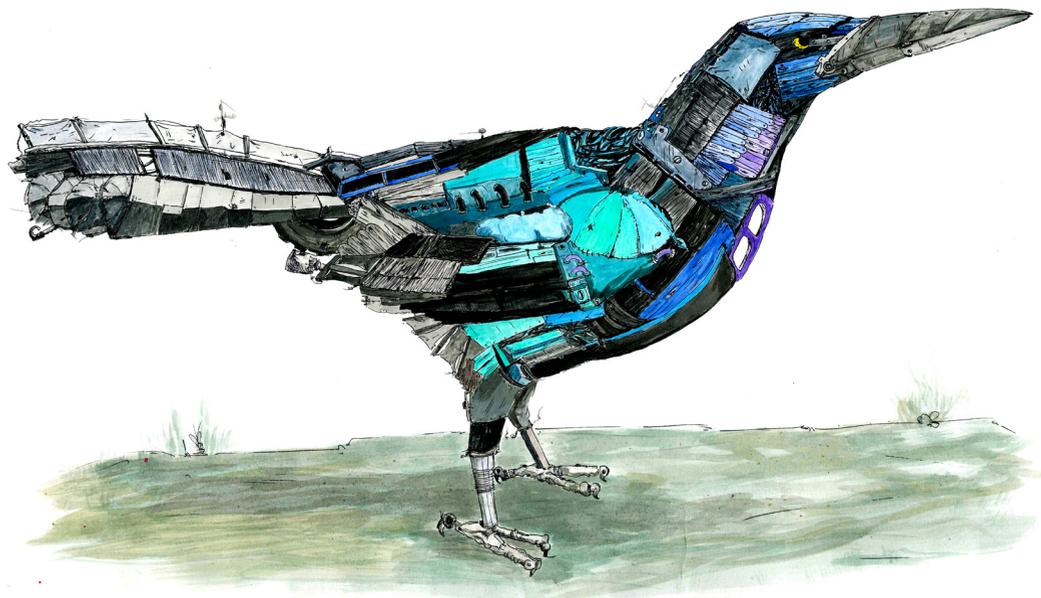
Franz Kafka

El pequeño Gerald tiene un pájaro que habita su cabeza. No está demente, pero hay un pájaro amarillo, diminuto y de pico largo, dentro de su cabeza. La jaqueca que le produce es insoportable. Lo observamos a través de la ventana de su habitación golpeándose la cabeza contra la pared. Hace lo imposible para ahuyentarlo. Le irrita el aletear. Le sacude el picotear. Pero lo que más le perturba es el trino que lo despierta cada mañana. Los constantes dolores de cabeza son producidos por el pájaro. Por eso Gerald sigue martillando la pared con la frente. Sin hallar solución, busca a su mamá, que lee el periódico en la sala. Se detiene a escasos metros, la mirada turbada, el rostro desencajado y de groseras muecas, provocados por los malestares de la jaqueca.

—Mami, tengo un pájaro en la cabeza —dice con voz cascada—. Necesito que se vaya.

La mamá interrumpe la lectura y asoma la vista por encima del borde superior del periódico. Aplasta el cigarrillo en el cenicero que se

* Profesional en Filosofía de la Universidad de Cartagena. Profesor de Filosofía en los grados de secundaria y media académica desde hace más de cuatro años. Director y coordinador del fanzine literario *Jauría*, producción escrita de los estudiantes del Instituto Colombo Bolivariano. e-mail: hegreyz@gmail.com



"Parapetos" (Raúl Ballesteros, 2018).

balancea sobre el brazo del sofá. Lo mira cariñosa y displicente.

—¡Qué problema! —sonríe—. ¿Ya le diste de comer? —y vuelve a la lectura, para ubicar la línea donde se había detenido—. Anda, seguro que tiene hambre —sin verlo, con un ademán de *no molestes más y vete a jugar a otro lado*. Gerald aprieta los lados de la cabeza con las manos. Se peina. El pájaro revolotea sin estimar cansancio. Ignorado, abandona la sala. En su habitación, sigue con los golpes, pero ahora con la ayuda de una retroexcavadora de juguete. Rechinan los dientes y frunce el ceño, cascando con el duro plástico del juguete su cabeza. En el anochecer, el pájaro cesa de moverse. En esa tranquilidad, Gerald se acuesta de bruces en su cama y hunde el rostro en la almohada. Duerme.

Al día siguiente, con las primeras luces que se aproximan por la ventana, observamos a Gerald sentado en el borde de la cama. Su cabeza es una tómbola de lotería. Gira, mareada, con el

embotamiento inflándole los ojos. Gerald se levanta. Cree aprovechar el día en el jardín. Tomar el sol y patear el balón de fútbol. Sin embargo, desde afuera llega, el gorjeo de las aves. Gerald se amedrenta. Retrocede hasta detenerse contra la puerta de la habitación. Es muy tarde: el pájaro se despierta y empieza a trinar para contestarle a otras aves. Picotea la parte frontal del cráneo, y la jaqueca reaparece, aguda y desagradable, como un cuchillo que rebana hielo.

No retrasa la hora de terminar con ese tormento. Sus padres deben convencerse de lo que ocurre. Corre a la cocina, sin atender a saltos bruscos. Delante del mesón de cerámica, la mamá prepara el desayuno. Gerald la prende del delantal, nervioso y con cariz de *no aguanto más esta situación*.

—El pájaro, mami, el pájaro no tiene hambre —dice en lágrimas. El malestar asciende. Y grita: —¡Dile que se vaya, mami!

La mamá piensa que los juegos de su hijo han alcanzado proporciones que ya no son divertidas, sino provocativas, desinteresadas. Pero sabe que sufre. Que el terror y la angustia son fríos y blancos, igual que las mejillas de Gerald.

—¡Cálmate! —se arrodilla y le abraza—. Todo pasará. No te preocupes. Descansa, sólo descansa.

Resulta fácil decirlo, porque no es ella la que siente el plumaje del pájaro calentar su cerebro. Ni el trinar o el picotear. Incomprendido, sale al jardín. La mañana es luminosa y fresca. Piensa en el hecho de por qué su pájaro no puede ir a la fuente del parque como un ave común. El carro del papá desciende la rampa del garaje. Suena el claxon y Gerald se despide. Mira las cajas apiladas en el fondo del garaje y las herramientas en el mueble de labor. Está convencido de que la oscuridad y la humedad despedida por el garaje amainará la jaqueca. Que el silencio hará que el pájaro abandone su cabeza. Entra y acciona el interruptor. Se cierra la puerta corredera del garaje.

En la hora del almuerzo es servida la sopa en el comedor. La mamá pone la vajilla. Busca a Gerald. Lo llama por el resto de la casa, sin recibir respuesta. Desde hace poco, el ruido vibratorio de una broca eléctrica la molesta. Las casas de los vecinos se encuentran muy separadas como para que lleguen los sonidos de una reparación. Rastrea el sonido, mientras escupe letra a letra el nombre de su hijo. Levanta la puerta del garaje y aumenta el ruido. Con sus manos diminutas, Gerald taladra su frente. Apenas un agujero estrecho en el que surge un hilo de sangre que corre por su nariz, labios y mentón.

—¡Ayúdame, mami! —grita, con los parpados cerrados. Empuja con mayor fuerza el taladro, que se hunde como un dedo en una torta—. ¡El pájaro no quiere salir!

La mamá corre a auxiliarlo. Le arrebató el taladro y lo tira. Carga a Gerald, espantada.

—¡Qué has hecho! ¡Qué has hecho!

Verifica la frente tersa de Gerald. Enjuaga la sangre del rostro. El agujero en el centro, estrecho y profundo. Gerald convulsiona, con espasmos y quejidos escalofriantes. Se palmea la frente, desesperado por expulsar al pájaro. La mamá le sostiene los brazos. Y como si se tratara de un catalejo, mira a través del agujero. En el fondo, en el interior de un cráneo medio vacío, un plumaje amarillo busca salir. Ensancha la circunferencia del orificio con el pico. En un estremecimiento audaz por acabar con los sufrimientos de Gerald, la mamá agarra el taladro y continúa la trepanación. Taladra y taladra, sin vértigo, hasta que el pájaro sale disparado. Bate las alas por el techo del garaje, con una gran panza, todo untado de sesos y sangre.

—¡Reacciona! —la mamá descansa la cabeza agujerada de Gerald en sus manos—. ¡Vamos! ¡Reacciona! ¡Ya se fue!

La mirada es distante, pero sosegada. El pulso insuficiente.

—¿El pájaro se ha ido? —siente apenas un fresco sobre sus hombros—. Mami, ya no tiene hambre...

Muere.

El pájaro se posa sobre la cabeza de la mamá, como un busto que añora su viejo nido. En un sentido extravagante, la mamá cree que, regresándolo a la cabeza de Gerald, podrá resucitarlo. Sin embargo, el claxon del carro de su esposo, que regresa para almorzar, espanta

al pájaro. Huye a la copa de un gran árbol. La mamá está al borde de un colapso mental, porque, antes de volverse para recibir a su esposo, debe explicarse cómo un pájaro amarillo habitó la cabeza de su hijo.